

Y tú durmiendo

Por segunda vez en lo que va de noche, llora. Miro la hora y sólo han pasado cinco minutos desde la última vez. Giro la cabeza y mi mujer duerme. Vuelvo a fijar la mirada en el techo, me quito el sudor de la frente y exhalo un fuerte suspiro. Carraspeo, toso, un leve codazo y...nada. Sin respuesta. En la otra habitación el llanto va *in crescendo*. Quizá no debí de tomarme la última cerveza. Hacía calor, sí, pero dos eran suficientes, tres ya vicio y la cuarta, pura terquedad. Me lo advirtió, pero como el que oye llover: “Cariño, te estás tomando antiinflamatorios...” Dijo. *Ya está la doctora puñetas*, pensé. “Además, nos espera mi madre en casa con la niña.” Continuó. Que espere, que espere, musité mientras ponía el pie dolorido en alto y sujetando el terció helado con una mano, hacía fuerza con los codos para incorporarme levemente y acomodarme mejor en la silla; la miré, suspiré y sonreí. *Punto para mí.*

Ahora, en mitad de la noche, mi cabeza pesaba más que la escayola que iba desde el empeine de mi pie, hasta un palmo por encima de la rodilla. *¿Por qué no me enyesaron hasta el cuello? ¿No es el procedimiento con los esguinces en agosto? La madre que...*

Me incorporé al tiempo que el bebé despuntaba con su intermitente sinfonía y mi occipital acompañaba a ritmo de bombo. *¿Cómo es posible que no se entere?* La miré de soslayo y ahí seguía, inmóvil y tapadita con la sábana. *Por Dios que calor.*

A ver, ¿la muleta? ¡Mierda! Me la dejé en el baño cuando me levanté la primera vez. A la una, a las dos y a las... ¡Huy! Casi le piso la cola al perro. Otro que no se entera así lluevan pelotas de golf. Con la luz del móvil a modo de linterna y jugando a la rayuela sin lanzar la piedra llegué al pasillo. Cada

salto era una punzada y cada metro un desafío. Llegué a la habitación en un nuevo arranque de Do agudo. Le puse el chupete y la besé en la frente. De vuelta a mi cama, pasé por el baño y bebí agua del grifo. *Joder ¿Y la muleta?* A falta de diez saltos de lograr mi objetivo, me golpeé el meñique del pie contra el marco de la puerta, me clavé en la planta un juguetito de madera y si en mi primer "intento" había fracasado, no ocurrió así en el segundo, al llegar a la habitación, le pisé la cola al perro.

Ni mi maldición primero, tampoco el grito contenido de después, ni siquiera el brusco movimiento de Elvis consiguieron despertarla. Su posición ahora era distinta. Miraba hacia mi lado y como no, seguía tapada. Me senté con cuidado y con mi *pum pum* craneal me dejé caer sobre la almohada. Tenía la espalda empapada y un dolor equitativamente repartido entre el tobillo de mi pierna mala, el meñique y la planta del pie de mi pierna menos buena.

Al cabo de un rato, no sabría decir si diez minutos o tres horas más tarde, cuando sin dormirme había relajado casi la totalidad de mi cuerpo, ocurrió lo que en las películas de terror. Después de una tensa calma, llegó el susto. El intercomunicador de la mesilla de noche con el volumen a su máximo nivel me lanzó un mazazo directo a mi cabeza en forma de lloro de bebé. *Joder ¡Pero si yo lo había apagado!* Pensé o grité, ya no sé. Daba igual, ¡porque mi mujer roncaba!

Me faltó llorar, pero volví a incorporarme y mientras a los pies de la cama me lamentaba de esa última cerveza, detrás de mí, entre las sábanas y abrazada fuertemente a mi muleta, abrió disimuladamente un ojo, me miró, suspiró y sonrió. *Punto para mí.*